

se conoce confusamente con conocimiento confuso y no distinto; y la lumbré con que se conoce está en el hombre, con la cual se inclina a buscarle como a su propio fin y centro; pero cuál sea o qué propiedades y excelencias tenga y le convenga, si es uno o si son muchos dioses, no se puede saber ni conocer, sino por la lumbré de la fe; y algo de ello después de mucho y largo estudio y demostración, como la que alcanzó Aristóteles.

CAPÍTULO II. *Donde se prueba haber Dios al cual el hombre, naturalmente, se inclina*



BIEN PUDIERA BASTAR LO DICHO en el capítulo precedente para quedar suficientemente probado este conocimiento natural que hay en el hombre para conocer a Dios confusamente pero, para mayor fuerza de nuestro intento, me parece referir autores sabios y hombres doctos que han tratado este mismo argumento y dado muchas y muy fuertes razones para absolverle, entre los cuales, el primero que se me ofrece es Tulio,¹ el cual dice así: haber Dios, ninguno lo niega y todos lo conocen confusamente por la lumbré natural; pero cuáles y cuántos sean los dioses no se sabe de cierto; por lo cual son varias y diversas las opiniones que de esta materia ha habido entre los filósofos. Y en el libro primero de las *Cuestiones tusculanas*, dice él mismo: no hay nación tan bárbara que no sepa que hay Dios. Y en el primero *De leyes* dice lo mismo, aunque por otras palabras. Y en el lugar arriba señalado introduce, el mismo Tulio, al filósofo Cleantes, que fue entre los estoicos señalado en el reino de Troya; el cual puso cuatro causas o razones para probar aqueste conocimiento de Dios, confuso, ser naturalmente impreso y esculpido en las ánimas de los hombres, de donde concluye haber Dios a quien el hombre se inclina naturalmente para amarle y adorarle como a supremo hacedor de todas las cosas.

Una de las razones de este excelentísimo filósofo, es haber agoreros y adivinos que adivinaban por agüeros de aves; la cual arte de adivinar tenían los gentiles por divina; por cuanto estos dichos agoreros o adivinos decían las cosas por venir, de lo cual inferían que aquellas cosas que los tales adivinos decían no llegaran a debida ejecución, ni fueran verdaderas si no hubiera Dios; que lo que ellos afirmaban él lo ejecutaba y cumplía, por tenerlos como los tenían por intérpretes y declaradores de la divina voluntad; y hacían este argumento. Éstos dicen esto y sucede así, luego Dios hay que se lo manifiesta y declara, cuyos intérpretes y ministros son; lo cual no aconteciera si no hubiese Dios que lo cumpliese y ejecutase; y por esta causa es fuerza confesar que hay Dios, porque cuyo es algún intérprete o consejero, necesario es que aquel tal esté en el ser de naturaleza; éstos son intérpretes de otro; luego este otro que concedemos es Dios, el

¹ Ciccer. lib. 2. de Nat. Deorum.

cual preside sobre toda naturaleza criada. La segunda causa es (según el mismo Cleantes), la grandeza y multitud de los provechos y utilidades de las influencias y templanza de los cielos, de la fertilidad y fructificación de las tierras y de otras muchas cosas que recibimos; y por frecuentes comodidades para el sustento de la vida, vemos que suceden y no las manos por donde se nos conceden; y de aquí se infiere que son divinas y poderosas y dignas de adoración. La tercera razón se saca de las cosas que nos asombran y causan horror y espanto en nuestros pechos y corazones, como son los truenos, los relámpagos, los rayos, las tempestades, nubes y lluvias, las refriegas de los aires y los granizos, las pestilencias, los terremotos y temblores, llover piedra, hundirse las tierras, caerse súbitamente los edificios y ciudades, los monstruos que nacen de hombres y de bestias, señales de fuego, y verse en los cielos aparecimientos de cometas, obscurecerse el sol y morirse la luna, que suelen ser señales de grandes infortunios (como acaeció en tiempo del emperador Octaviano, en cierta guerra que hubo), las cuales maravillas, viéndolas hombres, asombrábanse y llenos de asombro y miedo, sospechaban y concebían opinión que debía de haber superior en los cielos; de donde parece que todo esto tiene algún poder y virtud eficaz, acompañada de divinidad: la cual llamamos Dios.

La cuarta razón, y no la menor de todas, era la uniformidad, la concordia e igualdad y templanza continua y perseverante de los movimientos de los cuerpos celestiales del sol, de la luna, de las estrellas fijas y planetas, de la distinción de todas ellas; la utilidad que nos causan, su mucha y varia graciosidad y hermosura, el orden y concierto que tienen, aquel caminar y seguir su curso por cima de los elementos sin mudar paso, sino siguiendo su ordinario de oriente a poniente, y del poniente tornar y volver otra vez por los antípodas al oriente, sin confusión, ni mezcla de desconcierto, sino compuesta y concertadamente. Pues todas estas cosas, consideradas y miradas con ojos de razón, muestran no ser fortuitas y sucedidas acaso (como sospechaban los epicúreos), sino muy de propósito y a consejo, y muy guiadas por razón y concierto; lo cual todo confirmaba aquel sapientísimo filósofo en este ejemplo. Si un hombre entrase en una casa, o en un general [gimnasio], que es el lugar donde se enseñan a los mancebos las artes y ciencias, o saliese a la plaza y viese en ella todas las cosas puestas y asentadas por orden y concierto, y que unas no excedían a otras con desorden, este tal juzgaría no estar aquellas cosas allí sin causa, y acaso antes entendería que había alguno que presidía sobre todas ellas, con mucha providencia y saber, y que con el poder y mando absoluto que tenía las regía y gobernaba y conservaba en urbanidad y pulicía; y a quien todas, como el discípulo al maestro y los súbditos al que gobierna, obedecían. Pues de esta manera se entiende mucho más y mejor; viendo tantos y tales movimientos, tan ordenados, y de tantas y tan varias cosas, tan diversas y diferentes, en todas las cuales hay tanto orden y concierto, tanta igualdad y correspondencia; y en tantos años y siglos atrás guardada y seguida, con tan conforme consonancia que jamás ha mentido ni faltado; es necesario que afirme haber tal razón y entendimiento, tanto consejo y tal providen-

cia que se conozca ser éste, en quien todo lo dicho concurre, por quien todo lo dicho es regido y gobernado.

El mismo Tulio introduce en el mismo lugar citado a otro filósofo, llamado Chrisipo, que trae otro argumento para mostrar que había Dios, el cual sacó de la misma naturaleza y lo forma así. Si vemos en todas las naturalezas de las cosas, muchas que ni el entendimiento, ni el consejo, ni el arte, ni las fuerzas, ni la eficacia y vigor, ni la posibilidad de todos los hombres las pueden hacer ni efectuar; luego aquel que las hace, mayor y más excelente cosa es que los hombres, pues las cosas celestiales (cuya orden y concierto es sempiterno) el hombre no puede hacerlas, luego aquel que las hizo y hace, mayor y más excelente es que el hombre, pues éste, que esto hace, no puede ser otro, sino aquel que llamamos Dios. Esta razón confirma este sabio con este ejemplo. Si vieses una grande y hermosa casa, adornada de mucha riqueza y señalada de grandes curiosidades, puesto que no vieses al dueño y señor de ella, ¿no juzgarías ser alguna persona notable y de cuenta? Pues viendo tanta hermosura en la máquina del mundo, tanta variedad de cosas celestiales y terrenales, tanta grandeza de la tierra, tan gran anchura del mar y todo tan adornado y cuajado de curiosidad, como parece ¿si no juzgases ser casa y morada de Dios, no sería saber poco? Sí, por cierto (dice luego) y muy error de capacidad y entendimiento. Todo lo dicho refiere Tulio y mucho más, para probar que hay Dios. Estas razones dichas pudieron tener todas las naciones del mundo (por bárbaras y silvestres que fuesen) para conocer y entender que hay algún señor, hacedor, movedor y conservador de todas las cosas; y que es mucho más excelente y de más aventajada naturaleza que el hombre; y éste, ¿quién es y cómo es? Es el que llamamos Dios y a quien como a tal ha de ofrecerse adoración.

Cerca de este conocimiento natural, que los hombres sin fe tienen de Dios, dijo Aristóteles:² Todos los hombres convinieron en esto, conviene a saber, que aquel cuerpo primero glorioso (que es el cielo) es el palacio real y lugar de el supremo señor que es Dios. Y todos los griegos y las otras primeras gentes, que tuvieron conocimiento de Dios y de su divinidad, sintieron esto mismo. Y en el capítulo 2 del mismo libro dice, que todos han sentido ser el cielo palacio del criador. Lo mismo testifica su comentador, en ambos lugares, añadiendo que no sólo es casa y morada de Dios, sino también de sus espíritus, que nosotros vulgarmente llamamos ángeles. Lo mismo dice en el libro octavo de los *Físicos*;³ y lo afirma Plutarco,⁴ mostrando, cómo pudieron venir los hombres, en este conocimiento de Dios, confuso, y a celebrar el culto divino. De estas sentencias de tantos filósofos gentiles se han aprovechado los santos para tratar de este conocimiento que los hombres tienen de Dios, guiados con sola lumbre natural, de los cuales es uno el elocuentísimo Boecio,⁵ que dice que la ra-

² Lib. de Coelo et Mundo.

³ Phys. lib. 8. cap. 1.

⁴ Plutarc. de plac. Philosoph. cap. 6 y 9.

⁵ Boec. lib. 3. prof. 10.

zón natural enseña ser Dios, digno de ser amado y servido. Y Gregorio Nacianceno,⁶ dice que la naturaleza racional arde en deseo de su criador. Damasceno, lo mismo en el libro *De ortod. fid.* diciendo que haber Dios, lo dice la misma inclinación natural del hombre, que parece que lo muestra. Y Lactancio Firmiano,⁷ dice lo mismo; y Santo Tomás,⁸ fuera de lo referido *Contra gentiles*, dice lo propio, probando que ofrecer sacrificio a Dios es de ley natural y que naturalmente son inclinados los hombres a ofrecerle. Por manera que en cualquier tiempo o edad y entre todas las naciones del mundo, siempre hubo y usaron los hombres ofrecer a Dios sacrificio; y la razón es, porque la razón natural dicta, mueve y compele a los hombres que se sujeten a algún superior que les pueda suplir los defectos y faltas que en sí mismos sufren y padecen y que les pueda socorrer en sus menzugas y necesidades, de las cuales están rodeados y que pueda sobrellevarlos en sus flaquezas y desventajas; y como entre los hombres no se conozca, quien cumplida y cabalmente pueda suplir lo dicho ni remediarlo, es forzoso y necesario concebir y atinar, con lumbre de razón, que hay alguna otra cosa más excelente, más poderosa y superior que el hombre, que pueda suplir y remediar lo dicho, y éste ha de ser Dios. Luego todos los hombres del mundo, por bárbaros y salvajes que sean, ora sean apartados en tierras remotas, ora en islas y en los más escondidos rincones del mundo, conocen que hay Dios naturalmente por la lumbre de la razón y del entendimiento, con conocimiento confuso y no claro, ni distinto (porque no lo puede haber naturalmente, sino con fe y por otros medios sobrenaturales, y como Dios quisiere manifestarse).

CAPÍTULO III. Cómo los hombres no pueden vivir sin reconocer algún dios falso o verdadero, por cuanto el principio natural que hay en él (que es la voluntad y apetito) le incita a ello



UPUESTAS YA EN LOS DOS CAPÍTULOS PASADOS estas dos cosas (conviene a saber) la una, que hay Dios y que es imposible no haberle; y la otra, que en el hombre hay inclinación natural por la cual se debe inclinar a buscarle, amarle y servirle, se sigue necesariamente, tras estos dos verdaderísimos principios decir, que nuestro entendimiento (que es la lumbre natural que Dios en nosotros puso) es imposible poder estar sin ninguna opinión y creencia falsa o verdadera, ni nuestra voluntad, sin amar esta cosa que el entendimiento, falsa o verdaderamente, le ha representado. Y es la razón, porque supuesto que es al hombre natural, es cosa necesaria que naturalmente se incline a buscarle, por el camino que el entendimiento le abre, y que la voluntad apetezca este bien que le falta para hinchar el

⁶ Div. Gregor. lib. de Theol.

⁷ Lactancio lib. 3. cap. 11.

⁸ Div. Thom. 2. 2. q. 85.